

Los primeros reyes de Judá: Un rescate milagroso

Por Mario Seiglie

En los últimos dos números de *Las Buenas Noticias* hemos estudiado la historia de los reyes de Israel luego del rompimiento de las 10 tribus del norte con el reino de Judá, compuesto por las dos tribus del sur. Ahora examinaremos lo que la arqueología ha revelado acerca de los reyes de Judá durante ese tiempo.

Alrededor del año 720 a.C. los asirios conquistaron las tribus del norte de Israel y las expulsaron de su territorio. En cambio Judá logró sobrevivir milagrosamente a la invasión asiria y permaneció como país por otros 130 años. A pesar de que finalmente la

nación de Judá fue conquistada por otros invasores —los babilonios— el pueblo logró sobrevivir en el exilio con su identidad nacional intacta, lo que no sucedió con el reino de Israel. Luego de 70 años de exilio en Babilonia, un remanente de Judá volvió a su antiguo territorio. Los descendientes de ese remanente permanecieron en su tierra por otros 600 años hasta que finalmente fueron expulsados por los romanos. Los judíos estuvieron dispersos en todo el mundo por casi 2.000 años; luego, en este siglo, algunos de sus descendientes regresaron a la antigua tierra de Judá. Aunque el nombre que más se ajustaba a los hechos históricos era el de Judá, la nueva nación se llamó Israel.

¿Qué ha revelado la arqueología acerca de este perseverante pueblo del reino del sur? Continuemos estudiando este fascinante relato en tiempos de Acáz, quien comenzó a reinar en Judá unos 200 años después de la división de los dos reinos israelitas.

El sello de arcilla del rey Acáz

“En el año diecisiete de Peka hijo de Remalías, comenzó a reinar Acáz hijo de Jotam rey de

Judá. Cuando comenzó a reinar Acáz era de veinte años, y reinó en Jerusalén dieciséis años; y no hizo lo recto ante los ojos del Eterno su Dios, como David su padre” (2 Reyes 16:1-2).

En la antigüedad, los reyes y otros oficiales del Cercano Oriente solían estampar sus documentos con sellos especiales, los arqueólogos han podido identificar los sellos de arcilla de dos de los reyes de Judá: Ezequías y Acáz. Los dos sellos de Ezequías no están bien conservados, pero el de Acáz está en perfectas condiciones. Los arqueólogos confirmaron su autenticidad en 1996. De la misma forma en que en la actualidad las personas emplean sus firmas para validar documentos como cheques y contratos, antiguamente las autoridades estampaban los documentos oficiales con sellos tallados en piedras preciosas. Algunas veces montaban el sello en una sortija.

En ese entonces, el papiro era el material más comúnmente usado para los documentos. Según explica Tsvi Scheider, bibliotecario del Instituto de Arqueología de la Universidad Hebrea: “Los documentos hechos de papiro eran enrollados y atados con un cordel. Luego en el nudo del cordel le aplicaban un poco de arcilla mojada y le imprimían el sello . . . Cuando la arcilla se seca, el papiro se guardaba en los archivos (ver Jeremías 32:10-14)” (*Biblical Archaeology Review* [“Revista de arqueología bíblica”], julio-agosto de 1991, p. 27).

La impresión hecha en arcilla, llamada bula, llevaba la imagen del sello. A pesar de que el papiro se desintegraba por estar compuesto de materia orgánica, el sello de arcilla casi siempre sobrevivía. Debido a que el territorio de Israel estaba situado en la intersección de tres grandes imperios —Egipto, Asiria y Babilonia— sufría frecuentes guerras. A menudo los ejércitos invasores incendiaban totalmente las ciudades. Casi todo era destruido, pero algunos sellos de arcilla a veces resultaban cocidos y se volvían tan duros como la cerámica.



“Pertenece a Acáz [hijo de] Yehotam [Jotam], rey de Judá”. Así dice la inscripción impresa en este terrón de arcilla. Originalmente, la arcilla sellaba un rollo de papiro que se desintegró con el tiempo. Acáz gobernó el reino de Judá alrededor de 734-715 a.C. Una huella digital, quizá del mismo rey, se puede ver al lado izquierdo de esta fotografía ampliada.

Muchos años más tarde, conforme los arqueólogos han excavado las ruinas de estas ciudades, han encontrado los restos de archivos reales. En ocasiones hasta han encontrado agrupados los sellos de arcilla, por lo que saben el lugar exacto donde una vez fueron archivados tales documentos oficiales.

Acerca del sello de Acaz, Robert Deutsch comenta: “El sello del rey que está impreso en este pedazo de arcilla bien conservado corresponde al rey Acaz de Judá, quien gobernó desde 732 hasta 716 a.C. . . . Este terrón de arcilla, llamado una bula, fue usado para sellar un documento de papiro. Lo sabemos porque el reverso de la bula todavía muestra la impresión de las fibras de papiro . . . A la izquierda del anverso de la bula hay una huella digital que ¿podría ser del mismo rey Acaz! . . . El sello no sólo incluye el nombre del rey, sino también el de su padre, el rey Yehotam [Jotam]. Además, Acaz es identificado específicamente como el ‘rey de Judá’ . . . La traducción de las tres líneas de la inscripción en hebreo . . . dice: ‘Pertenece a Acaz (hijo de) Yehotam, rey de Judá’ . . . La bula de Acaz ha sido examinada por un grupo de grandes expertos . . . Todos concuerdan en que la bula es genuina” (*Biblical Archaeology Review* [“Revista de arqueología bíblica”], mayo-junio de 1998, pp. 54, 56).

Así, la arqueología confirma la existencia de otro rey de la Biblia.

La conquista de Laquis

Poco después de la caída del reino de Israel, Senaquerib, el rey asirio, invadió a Judá. La invasión ocurrió alrededor del año 700 a.C., durante el reinado de Ezequías, sucesor de Acaz.

La Biblia narra la invasión asiria y la reacción de Ezequías: “A los catorce años del rey Ezequías, subió Senaquerib rey de Asiria contra todas las ciudades fortificadas de Judá, y las tomó. Entonces Ezequías rey de Judá envió a decir al rey de Asiria que estaba en Laquis: Yo he pecado; apártate de mí, y haré todo lo que me impongas. Y el rey de Asiria impuso a Ezequías rey de Judá trescientos talentos de plata, y treinta talentos de oro” (2 Reyes 18:13-14).

No obstante la promesa de Ezequías de pagar todo lo que Senaquerib exigiera a cambio de dejar libre a Jerusalén, el rey asirio de todos modos decidió conquistar la ciudad. No sólo contamos con el relato bíblico del suceso, sino también con los registros asirios que son bastante parecidos a la versión bíblica.

Hace un siglo y medio que el arqueólogo Henry Austen Layard descubrió los restos de la antigua ciudad de Nínive y del palacio de Senaquerib. En un muro del palacio encontró grabadas unas escenas gráficas de la invasión de Senaquerib a Judá. Moshe Pearlman describe el hallazgo: “Para los estudiosos de la Biblia, el hallazgo más importante del palacio de Senaquerib es la serie de 13 relieves que muestran a Senaquerib sentado sobre un trono en una colina, mientras mira desde lo alto a una ciudad sitiada en lo que evidentemente representa la tierra de Judá. Los relieves (que ahora se encuentran en el Museo Británico) narran en 13 episodios la historia de la campaña de Senaquerib en el reino israelita del sur . . . Frente al rey hay un panel en donde se encuentra una inscripción en cuneiforme que dice: ‘Senaquerib, rey del universo, rey de Asiria, se sentó sobre su trono y pasó revista del botín tomado de la ciudad de Laquis’” (*Digging up the Bible* [“Desenterrando la Biblia”], 1980, p. 96).

Tal como si fuera una película, la narrativa bíblica de la conquista de Laquis puede ser seguida por la secuencia de relieves en los muros de Senaquerib. La Biblia nos da una perspectiva más amplia al mencionar la carta que Ezequías envió en esos momentos a Senaquerib. El rey judío le rogaba al rey asirio que lo perdonara y le ofrecía el tributo que quisiera con tal de salvar a Jerusalén de la destrucción.

Un estudio cuidadoso de las ilustraciones de la toma de Laquis muestra detalles horripilantes: “Allí está el monarca —comenta Pearlman— lujosamente ataviado y observando cómo su ejército ataca la ciudad fortificada que es tenazmente defendida. Los arietes son llevados cuesta arriba sobre rampas hacia los muros y están protegidos por arqueros, honderos y lanceros que mantienen a los defensores a raya. En un panel se ve a los prisioneros

que son empalados por soldados asirios; en otro, son desollados. Se ve una larga procesión de cautivos y de carretas llenas de botín, que bajo custodia se aleja de la ciudad” (*ibidem*, p. 96).

Los arqueólogos han excavado la ciudad de Laquis en el siglo 20 y han confirmado la precisión de los relatos bíblicos y asirios acerca de la conquista. “La magnitud del descubrimiento de Layard fue aumentada 80 años más tarde, cuando las excavaciones llegaron al mismo estrato de Laquis que fue conquistado por las tropas de Senaquerib. Se encontraron hondas y cabezas de flechas usadas por los asirios en esa batalla. Los planos de las instalaciones defensivas se pudieron reconstruir por los restos de la destrozada ciudad. Todo encaja muy bien con lo que mostraban los relieves del palacio de Senaquerib. Así, Laquis es un gran ejemplo de un descubrimiento arqueológico que une los registros históricos, tanto en palabras como en gráficas, y enriquece el trasfondo de un episodio de la Biblia” (*ibidem*, p. 97).

El prisma de Senaquerib

Las pruebas arqueológicas de la invasión asiria no terminan ahí. Otro descubrimiento arroja luz sobre el sitio de la ciudad de Jerusalén. En 1919 el Instituto Oriental de la Universidad de Chicago compró un cilindro llamado el prisma de Senaquerib o el prisma de Taylor. En él se narran ocho de las campañas militares de Senaquerib. Al describir la tercera campaña, se menciona la invasión de Judá y, más tarde, el sitio de Jerusalén.

La inscripción dice: “En cuanto al judío Ezequías [el rey de Judá], no se sometió a mi yugo. Sitié 46 de sus fortalezas y ciudades fortificadas, además de muchas aldeas cercanas, y las conquisté con arietes acercados a sus muros sobre rampas de tierra, además de ataques de infantería . . . a [Ezequías] mismo lo hice un prisionero en Jerusalén, su residencia real, y lo tuve como si fuera un ave enjaulada” (James Pritchard, *The Ancient Near East* [“El antiguo Cercano Oriente”], 1958, vol. 1, pp. 199-201).

Senaquerib relata jactanciosamente el sitio contra la ciudad. Su lenguaje lleva al

lector a pensar que tal como había conquistado otras 46 fortificaciones durante su campaña, el monarca asirio también logró capturar Jerusalén. Pero en ese momento la narración se vuelve curiosamente silenciosa. Senaquerib termina el relato jactándose del tributo en dinero que recibió de Ezequías, pero parece ser un pobre premio de consolación. Senaquerib concluye: “El mismo Ezequías, a quien el esplendor de mi señorío aterrador abrumó . . . me envió más tarde a Nínive, mi gran ciudad, junto con talentos de oro . . . talentos de plata . . . y todo tipo de valiosos tesoros, a sus (propias) hijas . . . Para entregar el tributo y poder arrodillarse ante mí como esclavo, envió a su mensajero” (*ibídem*, p. 201).

¿Qué sucedió en realidad? A pesar de que la documentación asiria es tan parca, la Biblia completa la historia: “Y aconteció que aquella misma noche salió el ángel del Eterno, y mató en el campamento de los asirios a ciento ochenta y cinco mil; y cuando se levantaron por la mañana, he aquí que todo era cuerpos de muertos. Entonces Senaquerib rey de Asiria se fue, y volvió a Nínive, donde se quedó” (2 Reyes 19:35-36).

Comenta Pearlman: “Jerusalén, la capital de Judá, era la ciudad que más deseaba someter y no pudo, porque el espíritu resistente de Ezequías fue fortalecido por los firmes consejos del profeta Isaías (ver Isaías 36-37). Sin duda alguna, Senaquerib hubiera querido que la escena central de sus murales mostrara la toma de Jerusalén. En cambio, a juzgar por la prominencia que tiene Laquis, ese lugar debe haber sido el escenario de las luchas más encarnizadas, y evidentemente pensó que su captura, a pesar de la gran resistencia dada, fue la victoria más sobresaliente en esta tierra”, en vez de Jerusalén, que logró salvarse (Pearlman, *op. cit.*, p. 97).

Debido a que el informe asirio sólo describe el sitio de Jerusalén, debe haber ocurrido algo increíble para que los poderosos asirios no pudieran tomar la ciudad.

Una posible explicación

La derrota de Senaquerib no sólo está documentada en la Biblia. El historiador griego Herodoto, en su célebre *Historia*,

también narra la humillación de Senaquerib. Le atribuye esa derrota milagrosa a unos ratones que inundaron el campamento y causaron grandes estragos. Él escribió: “Un ejército de ratones de campo invadió a los opositores durante la noche . . . [y] royeron sus arcos, aljabas y los mangos de sus escudos de tal manera



El prisma de Taylor, de 38 centímetros de alto, narra las campañas militares de Senaquerib, entre las que se incluye la invasión de Judá. Este relato jactancioso de los logros del rey apoya de una forma curiosa lo que la Biblia relata acerca de un gran milagro.

que al día siguiente ellos huyeron sin sus armas y un gran número de ellos perecieron” (libro 2:141).

La historia de los ratones puede parecer sólo un mito, pero puede tener algo de verdad. Josefo, historiador judío del primer siglo, también menciona la derrota de Senaquerib y comenta que fue causada por una plaga. Cita a un historiador

anterior a él, quien escribió lo siguiente: “Cuando Senaquerib estaba volviendo de la guerra con los egipcios y llegó a Jerusalén, encontró a su ejército . . . en peligro [por una plaga], pues Dios había enviado una peste contra el ejército; y en la primera noche del sitio perecieron 185.000, con sus capitanes y generales” (*Antigüedades de los judíos*, libro 10, capítulo 1, sección 5).

Algunos especulan que los ratones pudieron traer la plaga. Si fuera así, no sería la primera vez en la historia. Los ratones contribuyeron a esparcir la peste bubónica durante la Edad Media y podrían haber transportado una plaga semejante al campamento asirio. La Biblia simplemente menciona que la destrucción vino de Dios y no comenta nada más.

Por otra parte, hasta el relato bíblico de la muerte de Senaquerib fue confirmado por el descubrimiento de los archivos asirios. Dice la Biblia: “Y aconteció que mientras él adoraba en el templo de Nisroc su dios, Adramelec y Sarezer sus hijos lo hirieron a espada, y huyeron a tierra de Ararat. Y reinó en su lugar Esarhadón su hijo” (2 Reyes 19:37).

El relato asirio de la muerte de Senaquerib menciona lo mismo: “De acuerdo con los documentos de Esarhadón, su padre Senaquerib lo había nombrado como su sucesor, por encima de sus hermanos. ‘Para reinar, ellos asesinaron a Senaquerib su padre’”, forzando así a Esarhadón a volver rápidamente de una campaña militar para reclamar el trono (*The International Standard Bible Encyclopedia* [“Enciclopedia internacional general de la Biblia”], 1988, vol. 4, p. 396). Un relato paralelo de los babilonios también menciona el mismo asesinato.

De ese modo se confirma hasta un pequeño detalle histórico que se menciona en la Biblia.

La inscripción de Siloé

Vale la pena examinar otro aspecto del sitio de Senaquerib contra Jerusalén. Entre las tácticas asirias estaba el rodear la ciudad señalada e impedir a los habitantes que tuvieran acceso a cualquier fuente de alimento o agua fuera de la ciudad, y así someterlos por hambre antes de empezar

el ataque definitivo y directo. Mientras Senaquerib estaba ocupado saqueando las otras ciudades de Judá, Ezequías inició una operación desesperada para traer agua a la ciudad antes de que los asirios pudieran sitiar la capital.

“Viendo, pues, Ezequías la venida de Senaquerib, y su intención de combatir a Jerusalén, tuvo consejo con sus príncipes y con sus hombres valientes, para cegar las fuentes de agua que estaban fuera de la ciudad; y ellos le apoyaron . . . Este Ezequías cubrió los manantiales de Gihón la de arriba, y condujo el agua hacia el occidente de la ciudad de David” (2 Crónicas 32:2-3, 30).

Después de que pasó la amenaza asiria, este túnel fue olvidado y así permaneció durante muchos siglos. Entonces, en 1880, dos niños árabes estaban jugando cerca del estanque de Siloé en Jerusalén cuando, de repente, uno de ellos cayó en el estanque. Al nadar hasta el otro lado, el niño pasó por debajo de un saliente rocoso. En la sombra, el joven notó un pequeño pasadizo. Las autoridades inspeccionaron el lugar y descubrieron el antiguo túnel de Ezequías. Encontraron también una dedicatoria en hebreo que celebraba la conclusión de esta extraordinaria hazaña realizada por los trabajadores en la época de Ezequías.

La inscripción dice así: “Este es el relato del fin de la obra. Mientras los obreros seguían trabajando con sus picos,

cada uno yendo en dirección del otro, y cuando todavía quedaban tres codos de distancia entre ellos, se escuchaban las voces de cada uno, porque había una [grieta] en la piedra . . . En el momento en que rompieron [la última parte], los picos de los obreros se tocaron, pico contra pico. Entonces el agua salió desde el manantial hasta el estanque, recorriendo una distancia de 1.200 codos. Y la elevación de la roca encima de sus cabezas era de 100 codos” (*Biblical Archaeology Review* [“Revista de arqueología bíblica”], julio-agosto de 1994, p. 37).

La “inscripción de Siloé”, como se llama ahora, se encuentra en el Museo Arqueológico de Estambul, adonde fue llevada por las autoridades turcas que gobernaban a Jerusalén en ese entonces. El gobierno israelí ha reclamado que la inscripción es un monumento nacional y quiere que vuelva a Jerusalén.

La Biblia y las fábulas

Los relatos que hemos analizado hasta el momento nos permiten sacar varias conclusiones importantes:

- Ponen en duda las aseveraciones de los críticos de que la Biblia es sólo una colección de mitos, fábulas u otras ficciones, porque el testimonio de fuentes no bíblicas, tales como los asirios, confirman la historicidad de los relatos bíblicos.

- Las narraciones bíblicas no pueden haber sido escritas siglos después de los

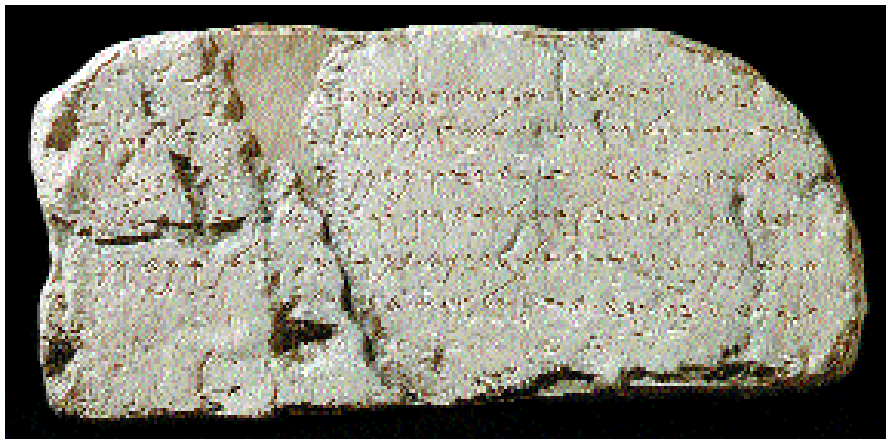
hechos tal como muchos críticos afirman. Los detalles tan precisos que aparecen en la Biblia sólo pudieron ser conocidos por personas que vivieron durante la misma época de los sucesos.

- El relato bíblico debe haber sido inspirado por una fuerza espiritual, porque siempre parece coincidir con lo que dicen las fuentes seculares.

- La narrativa bíblica es verdadera y equilibrada. En contraste con las historias seculares que exageran los logros de sus héroes, la Biblia se mantiene como un informe digno de confianza. Describe no sólo los puntos fuertes de los protagonistas, sino también los débiles. Sus verdades no son exageradas o tergiversadas como es tan evidente en otros relatos consignados por escritores que demuestran claros intereses nacionales o personales.

Aunque la arqueología siga siendo una ciencia imperfecta que no proporciona respuestas a todas las preguntas que se nos puedan ocurrir, sigue comprobando de una manera fehaciente la veracidad de la historia bíblica.

En el próximo número continuaremos examinando el testimonio arqueológico acerca del reino de Judá. **BN**



Los trabajadores del rey Ezequías lograron una tremenda hazaña de ingeniería al cavar un gran túnel (a la derecha) a través de la piedra caliza debajo de Jerusalén con el fin de proveer una fuente segura de agua a la ciudad que enfrentaba la invasión asiria. Esta inscripción describe cómo los obreros cavaron por ambos extremos hasta que llegaron a la mitad y terminaron así la monumental obra.

